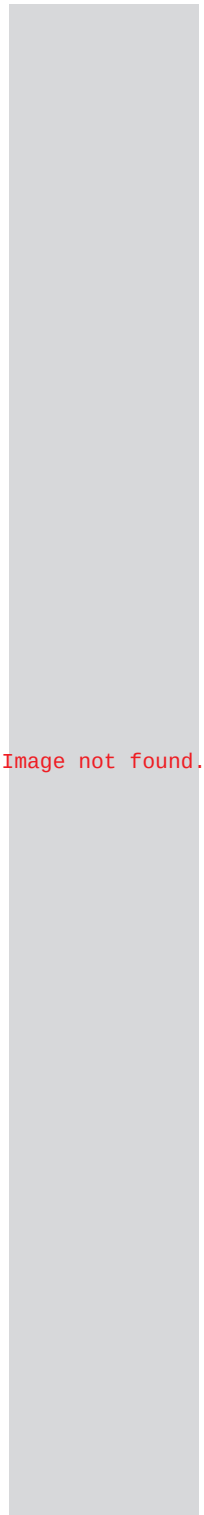
MIS VIAJES ASTRALES - GUADALQUIVIR -

Jorge Torres



Capítulo 1

"Mis viajes astrales" –Guadalquivir. Pretender explicar el significado que el Guadalquivir tiene para mí es casi como pretender comprender la relación amorosa que mantiene el Rio de la Plata con el tango, es casi imposible o al menos no está a mi alcance.
Solo se que cuando la adivina me llamaba posponía todo lo que tenia por hacer, lo que estaba haciendo, lo que pensaba no haber hecho y emprendía el más mágico de los viajes. Nos solíamos sentar en los paseos de la costanera Sevillana, frente a los chiringuitos que animaban las ferias de Abril o bien era ella la que entraba a mi pequeña pieza en Buenos Aires por la noche y en silencio me veía dormir, sin que me percatara yo de su presencia. Yo juro que jamás me atreví a entrar en su casa, por miedo a quedar para siempre atrapado en sus dominios. Pues bien sabia que el tiempo para ella era un lapso aparentemente ilimitado en el cual podíamos estar diez horas hablando sin cansarme, creo imaginar que a ella le pasaba algo semejante cuando estaba conectada a mi presencia.
Muchas veces quise entender cosas que estaban fuera de mi capacidad y pretendía que ella me las enseñara, dejando por sentado que ella las comprendía y por cierto mucho he aprendido, ya que mucho me ha enseñado. Así como me enseño que el todo no se puede alcanzar en pos de atrapar la sabiduría completa y que los destinos no se modifican ni siquiera se amoldan, me enseño sus particulares maneras de viajar por el mundo sin que obren medios de transporte para tal fin.
Nunca quiso contestarme sobre ciertos tópicos, en lo referente casi siempre a cuestiones ligadas a nuestros destinos finales, solo se que cuando miraba al futuro sus grandes esmeraldas que lucia como ojos parecían espejarse, reflejando todo el brillo del presente para poder absorber la luz que le llegaba del futuro.
Fue en uno de esos encuentros en que sus ojos se espejaron y pronto se llenaron de una neblina densa, como si el calor de un aliento demoniaco golpeara el frio cristal de sus espejos de esmeraldas, para luego brindarme el lastimoso espectáculo de ver en ese mágico y torturado ser la transfiguración que comenzando en sus ojos iba paulatinamente llegando a sus mejillas que se iban regando por un rocío sin fin hasta llegar a su boca, que solo atino a pronunciar."Este, mi amigo ha sido, nuestro último encuentro, no volverás a verme, pues ya no habitaré. A partir de mañana dejaré de ser, así está escrito, sonríe, ya todo se ha cumplido.
No te preocupes, quizás un día de estos pueda viajar a donde estés, aunque sea por un momento, pero realmente no lo se. Te habrás dado cuenta que no soy la dueña de todos los misterios, no se que hay más allá de la vida."
Los días transcurrían opacos para mí pues había perdido algo más que una fuente de misterios, había perdido la razón de mis místicos viajes, mi curiosa alegría por saber mi destino. Mi Guadalquivir, al que nunca le acaricie sus aguas.

Hasta anoche cuando una baldosa floja de una oscura calle, me obligara a arrodillarme en el suelo, para encontrarme de narices frente a un papel que denotaba en su escritura la clásica alegría andaluza, en el cual se podía ver escrito: “Muy entretenida la película que hemos visto esta tarde en el museo y muy pijo estabas sentado en la tercera fila. Volví, aunque ya por suerte no suelo estar en ningún lugar terrenal fijo. ¡He vuelto jolines! Hablamos?” Y mis mejillas parecieron encandecerse con un potencial tal como para pretender secar todas las lágrimas del mundo.